

ENTREVISTAS A ANGÉLICA GORODISCHER¹

Maya DESMARAIS
UNIVERSITE D'ANGERS, 3L.AM

AGOSTO DE 2003

Escritoras frente al canon literario

Maya Desmarais: *A la mujer, se le atribuyen tradicionalmente las obras “íntimas”, o sea poesía, diario íntimo o epistolar ¿Considera usted que la mujer sigue sufriendo la predeterminación social y genérica? O hubo una evolución que permite más libertad? Porque, oficialmente, existe una libertad potencial de elegir cualquier forma genérica, pero en la realidad, por ejemplo, el hecho de que usted solo sea considerada como autora de ciencia ficción o de policiaco acaso no forma parte de una estrategia para atribuir a las mujeres los géneros considerados como inferiores?*

Angélica Gorodischer: Lo de lo que “podían” escribir las mujeres ya está un poco en el pasado. Una puede escribir lo que se le da la real gana y muchas veces hasta se encuentran esos libros “desafiantes” en los que la autora parece decir “Mirá cómo me animo”. Por ejemplo Zoe Valdés, cuyas novelas mucho no valen y se ve enseguida que anda buscando escandalizar a quien la lee. La frase francesa de *épater les bourgeois* viene a cuento perfectamente con ese tipo de escritura. Por otra parte hay quien dijo (creo que una feminista yanqui pero no me acuerdo quién, lo siento) “ahora las mujeres escribimos sobre la guerra y los varones escriben sobre el amor”. Creo que las etiquetas son irremediables. Siempre se encasilla a las autoras (y a los autores) en algún género, tendencia o “ismo”. Personalmente no me preocupa. Tampoco me preocupa que haya géneros “inferiores” que quién sabe si los hay. Hay géneros marginales y eso es enormemente interesante. La marginalidad es productiva. La ciencia ficción, la policial, el horror, todo eso ha traído sangre nueva a la *mainstream*. Finalmente la cuestión radica en el nivel estético de un texto y su clasificación es secundaria.

M. D.: *Ciertas autoras consiguen una promoción desmesurada con respecto a las demás, como Marcela Serrano. ¿Piensa usted que este proceso podría corresponder a una estrategia de control de la difusión y por ende de la producción, al promover obras femeninas de menor cuestionamiento? Sería una forma de controlar la subversión con respecto al centro de poder, ¿no?*

A. G.: Sí, es cierto, es una manera de decir “mirá las estupideces que escriben las mujeres”. Al mismo tiempo, como se trata de libros tontos, superficiales, previsibles, que suelen decir lo que se espera, que tienen a menudo un trasfondo políticoide muy burdo, son el pasto ideal de la gente que no tiene muchas lecturas. Una lástima. Concurren entonces esos dos factores: la desvalorización de la escritura femenina y la facilidad, casi la condición de teleteatro, que permite leer a Serrano, Mastretta (lo de Mastretta es

¹ Las dos entrevistas fueron realizadas en casa de Angélica, en Rosario. La primera mientras estaba finalizando el trabajo de grado y pude aprovechar un viaje familiar a la Argentina para entrar en contacto con Angélica, quien me acogió en su casa con una gran generosidad. La segunda, después de muchísimos intercambios por correos, cuando pude hacer una estancia de investigación en Buenos Aires para el Doctorado y aceptó de nuevo recibirme en su casa por varios días. De ahí que se observe un deslizamiento del “usted” en la primera entrevista al “vos” en la segunda.

lamentable: tuvo una buena primera novela y después empezó la declinación con eso de las mujeres de ojos grandes que eran esquemas, resúmenes, esqueletos de cuentos que nunca se escribieron y después sus otras novelas con amores desgraciados y esas cosas), Esquivel, etc.

- M. D.: *¿El trabajo suyo de organizar un movimiento de literatura femenina (seminarios, antologías, página web), ¿es acaso una forma de compensar la carencia editorial para las mujeres creando una nueva esfera literaria? Al mismo tiempo sirve para que las autoras se vayan reconociendo en un grupo común de literatura femenina, lo que todavía no es el caso para todas. Además, la dimensión colectiva es importante para el paso de autora femenina a autora feminista, ¿no?*
- A. G.: Sí a las tres cosas. Pero hay que ver que la “carencia editorial para las mujeres” es solo para ciertas autoras. Se suele decir “Ah, ¡cuánto escriben ahora las mujeres!” lo cual es mentira en el peor de los casos e ignorancia en el mejor. Siempre, siempre hemos escrito, y que no haya casi pruebas de la enorme tradición de literatura escrita por mujeres, no es casualidad. Fijate que en ocasión del *Boom* latinoamericano no hubo mujeres, y no hay duda de que Clarice Lispector escribe mejor que Vargas Llosa y ni hablemos de Carlos Fuentes que es un plomo insoportable (no así sus ensayos y sus artículos políticos que me parecen excelentes. Lástima que le da por la novela). En momentos del *Boom* no estaba sólo Lispector sino también Elena Garro, Armonía Somers, Silvina Ocampo (a la que recién ahora se está valorizando como se debe), para no nombrar más que a tres de las tantas que hubieran merecido lugares al lado de esos señores. Señores que, digamos de paso, fueron decreciendo a medida que escribían sus libros. Vargas Llosa es autor de tres magníficas novelas y el resto es despreciable, García Marquez es autor de una sola novela y un solo cuento y del resto no hablemos, Cortázar se viene abajo cuando ideologiza todo lo que escribe a partir del *Libro de Manuel*, y así por el estilo. Parece que fuera el destino de los escritores de este pobre continente. Los únicos que siguieron siendo lo que fueron son Borges, Carpentier y Rulfo. Los demás parecen tan desesperados por conservar las alas de la fama, que se obligan a escribir y escribir y escribir, para mal de las y los lectores. En cuanto a lo segundo, sí, claro. Las escritoras suelen ignorar lo que tienen a las espaldas, esa enorme tradición de mujeres que escribieron, empezando por Vibia Perpetua, Hildegarda, Roswita, Cristina de Pizan, Shibuko Murasaki, Helpis, Duoda, y siguiendo con Aphra Behn por ejemplo, para terminar (¿terminar?) en nuestras escritoras de hoy. Por supuesto. Porque a muchas les hace falta, no solo en el campo de la literatura, comprender en dónde están paradas, asumir la dimensión política de sus actitudes, construir el andamiaje ideológico que sostiene nociones tan revolucionarias como la de que las mujeres somos personas, defender (no en las novelas: a la narrativa se entra por la puerta de la narrativa, no por la de la ideología) las posiciones que hemos ido ganando, saber que no están solas.

Concepción de los géneros

- M. D.: *Se lee a menudo que Angélica Gorodischer es o autora de fantástico, o de ciencia ficción, o de policiaco, sin matices ¿cómo se considera usted en el marco genérico?*
- A. G.: Escribo de todo. Escribo lo que se me da la gana, a veces a contracorriente pero qué me importa. Ciencia ficción, narrativa fantástica (no *fantasy*, que me parece abominable), policiales, lo que venga que me llame o que me asalte, como decía Borges.

M. D.: *Según Jean Fabre, el desfasaje entre fantástico y ciencia ficción radica en el distanciamiento espacio-temporal, en el caso de la ciencia ficción, engendrado por la elaboración de un mundo alejado, totalmente irreal – aunque sea la trasposición de los problemas de nuestras sociedades actuales –, mientras que lo fantástico se fundamenta en lo cotidiano con el máximo acercamiento al tiempo y al espacio del lector para conseguir mayor realismo. ¿Cuál es su posición al respecto?*

A. G.: No tengo la menor idea. Pero me parece que nunca, jamás inventamos nada. Siempre hacemos pie en la realidad (aunque yo no sé qué es la realidad, si lo supiera no escribiría). La ciencia ficción ha llegado a ser un género en las clasificaciones académicas (aunque la academia la desprecia y no sabe lo que se pierde). Y esa realidad puede ser cotidiana o tecnológica o sociológica o lo que sea. Si pudiéramos inventar algo, inventarlo del todo, algo completamente fuera de nuestra realidad, de nuestra experiencia, no lo veríamos. Los ojos, los oídos no podrían transmitirle al cerebro algo que no tiene conexiones con lo ya conocido.

M. D.: *¿Qué opina usted del vínculo entre ciencia ficción y crítica de la realidad: es acaso sistemático, como piensa Jean Fabre, o es un escapismo puro sin trasfondo ideológico?*

A. G.: Tiene su trasfondo ideológico, claro que sí. Pero hay que ver que toda la literatura, sea cual fuere el género abordado, tiene su trasfondo ideológico. Los textos tienen ideología. Hasta un libro de recetas de cocina tiene ideología, vamos. Y siempre, a menos que se trate del subproducto de esos géneros (que lo hay) señala, hipertrofia una realidad insoportable.

M. D.: *¿La desconstrucción de las formas genéricas, mediante, por ejemplo, la parodia, se le impone (a usted y a las escritoras en general) de forma inconsciente, natural? o de forma voluntaria con la meta afirmada de reforzar el cuestionamiento de los géneros establecidos por el canon literario?*

A. G.: Me sale sola. Y el canon literario me importa un rábano.

M. D.: *Y la transgenericidad, o mezcla de varios géneros en una misma obra ¿es un medio voluntario de cuestionamiento de los centros de poder o apareció naturalmente a las mujeres como nuevo recurso para expresarse? ¿Se teorizó antes o se hizo naturalmente y se teorizó después?*

A. G.: Y, no sé. Hay muchísimas cosas que no sé, pero cuando recuerdo eso que dijo Borges, “hay que escribir en estado de inocencia”, ya no me parece muy grave. A mí, personalmente, me encanta mezclar los géneros, hacer guiños y cameos literarios, tratar de lograr un buen cocktail, fuerte y divertido de todo lo que se ha escrito más lo que escribo yo.

M. D.: *¿Como considera usted Fábula de la Virgen y el Bombero desde un punto de vista genérico? ¿Tiene una idea del porqué de la ausencia de críticas al respecto?*

A. G.: Ay, querida, ¿qué es *Fábula de la Virgen y el Bombero*? No sé (otra vez) pero la crítica también me importa un rábano.

Ideología feminista (la literatura desde allá)

M. D.: *En “Señoras”, usted dice que las mujeres escriben desde el “otro lado”, el “allá”. ¿Podría explicitar ese “allá”? ¿Con qué referencias, indicios, puntos de vista se puede definir? y ¿con respecto a qué “acá” lo considera?*

- A. G.: El lado de acá es la *mainstream* (estamos hablando de escritura), el lado de allá es la mirada distinta. Dice Pía Barros: “nos dijeron que la literatura era una sola y nos costó enorme trabajo descubrir que la literatura es el reino de la diversidad”. Claro que hay quienes no aceptan la diversidad: retroceden espantados y dictaminan qué es lo deseable y qué es lo que hay que ocultar bajo la alfombra. Desde allí escribimos las que tenemos (y sabemos que tenemos) conciencia de género.
- M. D.: *¿La reivindicación sigue siendo tan necesaria como antes en América Latina o se notaron cambios que permiten pensar en una posible mejora de la consideración y de la posición social de la mujer?*
- A. G.: Hay cambios, es innegable. Pero más nos vale seguir siendo contestatarias, críticas, rebeldes, desobedientes y curiosas. Cuando nos feliciten y nos den palmaditas en la espalda, tenemos que empezar a sospechar de nosotras mismas. Sigamos siendo molestas, por favor.
- M. D.: *La representación ficcional del mundo femenino se hace desde el margen, con personajes marginalizados por la sociedad, ambientes cotidianos fuera de los ámbitos de poder. Pero la representación no siempre corresponde a la realidad. ¿Esta marginalización de la representación responde a una obligación (imposición desde el poder) o más bien a una estrategia femenina de reivindicación?*
- A. G.: ¿Cómo que no corresponde a la realidad? No sé en Europa (parece que no o que menos), pero entre nosotras basta con leer un diario, mirar tv, salir a la calle, trabajar en una oficina, ir a la iglesia, a la escuela, a la editorial, a la biblioteca, a la universidad. Todo eso es coto de caza de los varones. A veces se nos concede algo si somos buenas y obedientes, pero seguimos ganando menos que los varones por igual trabajo. En la escuela y en la universidad se supone que somos tontas y hay que trabajar mucho, no para igualar a los varones que eso es fácil, sino para que te reconozcan méritos si los tienes. Porque algunas sí son tontas, pero pocas. Igual que entre los varones. De la iglesia no hablemos porque desde esa institución corrompida que abriga y defiende y oculta a pedófilos, corruptores de niños, violadores de seminaristas, toqueteadores de infantes a su cargo, se pretende imponernos una manera de vivir, de hacer el amor, de tener hijos, de comportarnos, etc. De las editoriales para qué. También ahí ganamos menos que los varones: los adelantos de derechos de autor son muy distintos, si se trata de varones o de mujeres. Y así por el estilo.
- M.D.: *En “Señoras”, usted habla también de “las madres de la novela”. ¿Existen acaso genealogías femeninas que habría que poner de relieve/en escena? ¿Cuáles son las madres de sus novelas?*
- A. G.: Por supuesto que esas genealogías existen. Hay un libro de Dale Spender que se llama *Mothers of the Novel* que es espectacular, informativo hasta el hueso de la cuestión y escalofriante. Se recomienda calurosamente su lectura. Junto con otro libro de la misma autora que se titula *Man made language*. Las madres de mis novelas son muchas por suerte. Natalia Ginsburg, Virginia Woolf, las Brontë, Cayetana Duquesa de Alba (no porque haya escrito novelas sino porque figura en los retratos con el hábito de los cuentos y el misterio que rodea su figura), Patricia Highsmith, Armonía Somers, Vittoria Colonna (que escribió poemas y no novelas pero que dijo cosas asombrosas de una manera maravillosa), Mary Shelley, Vita Sackville-West, Willa Cather, Muriel Spark, etc.

- M. D.: *Existen dos tipos de feminismo: el diferencialista y el igualitario. ¿Cómo explica estas dos tendencias y cómo se posiciona usted con respecto a estos movimientos?*
- A. G.: Estoy por el feminismo de la igualdad. Somos iguales, ellos y nosotras. Las diferencias son de naturaleza fisiológica, cosa que resulta muy interesante. Pero somos personas, repito, como ellos. No somos maravillosas, estupendas, sensacionales, inigualables, bellas, elegantes, ingeniosas, etc., aunque algunas lo sean. No lo somos, como dicen las de la diferencia. Somos, insisto, personas como lo son los varones. Tenemos las mismas virtudes, los mismos defectos. Somos capaces de abnegación y de traición, de verdades y de mentiras, de bajezas y de grandezas, de tontería y de sabiduría, de amor y odio, de perdón y venganza. Queremos un mundo de paz, de hombres y mujeres, de justicia y de belleza, por qué no.

20 DE MAYO DE 2007

La vida privada

Maya Desmarais: *¿Cuáles son las dificultades que encontraste por ser mujer? ¿Cómo influyó tu educación en el acceso a los libros y en tu concepción de la escritura?*

Angélica Gorodischer: Mirá qué pregunta tan complicada... Primero, yo nací entre libros, en la casa de mis padres, había muchísimos libros. Así que los libros para mí fueron una cosa muy familiar desde que era chiquita. Además, como he tenido una infancia muy... mis viejos eran muy represores y muy anticuados y muy todas esas cosas... mis juguetes fueron los libros. Las muñecas no me interesaron nunca, tampoco me interesan ahora, no me gustan los simulacros, no me gustan las muñecas, no me gustan los maniqués, no me gustan los mimos. ¡Herk! No me gustan las máscaras. Todas esas cosas me parecen horribles. En cambio los libros siempre fueron mis amigos y mi refugio y mis juguetes y todo. Bueno Margaret Atwood dice que los escritores y las escritoras tienen en su infancia dos cosas que son determinantes, bueno no sé si determinantes, bueno... pero que son condicionantes: la soledad y los libros. En mi caso, es la pura verdad. Y en cuanto a por ser mujer... ¿cómo era el asunto?

M. D.: *Era porque tuviste una educación muy dura, ¿no? Por ser mujer, no podías...*

A. G.: Ah, ¡claro! No podía salir a jugar a la vereda, ¡por supuesto! No podía jugar con chicos, ¡qué sé yo! No podía. No podía nada. ¡bah! No sea que me fuera a arrugar el vestidito. Así que fue una infancia muy represora, muy solitaria, muy triste, pero por suerte tenía los libros. Aprendí a leer muy temprano. A los cinco años yo ya leía. Y a los siete había leído todo lo que me caía en la mano, sobre todo los libros que me prohibieron. Mi mamá me prohibía estos libros: "No los leas m'hijita, porque... ", yo supongo que la pobre creyó que yo le iba a obedecer, ¡qué sé yo! Se dio vuelta y yo empecé a agarrar los libros prohibidos. En general no entendí nada, pero lo que entendí me pareció muy interesante.

M. D.: *Escuché varias veces que en el contexto de tu matrimonio, fue un poco complicada la aceptación de las familias respectivas por ser un matrimonio entre un judío y ... ¿Vos te considerás como católica o ... ?*

A. G.: Yo soy católica... bah, yo soy católica pero no soy católica...

M. D.: *De cultura...*

A. G.: Soy católica porque nací católica, etc., etc. pero no soy una católica militante ni voy a misa, ni voy a la iglesia ni nada por el estilo. Además, estoy absoluta y totalmente peleada con la Iglesia, con ese ejército de pedófilos hipócritas y... ¡bueno! con esa gente... Así que no tengo nada que ver con la Iglesia y ni mucho menos con la Iglesia de Benedicto XVI. Supongo que habrá curitas buenos, creo que sí que los hay, pero se deben contar con los dedos de la mano. Bueno, claro, yo he tenido una familia católica y la familia del Goro judía. Así que... te estoy hablando del año... ¿en qué año nos casamos? En el 52. Así que fue una tragedia pero una tragedia, que reíte de Shakespeare, Sófocles y Esquilo juntos. Así que nos fuimos. Yo ya era mayor de edad, me fui de mi casa ... con lo puesto, para que nadie se diera cuenta de que me iba. Nos fuimos a Buenos Aires y nos casamos. Y las respectivas familias se tuvieron que joder.

M. D.: *¿Y se casaron para joder a las familias o se casaron a pesar de las familias?*

A. G.: No, yo creo que no, mirá, yo creo que no, creo que nos casamos porque queríamos, queríamos casarnos. Queríamos seguir la vida juntos, así que nos casamos. Mi padre se reconcilió mucho con Goro, mi vieja no tanto, pero mi padre sí. Mi viejo estaba muy contento, se hicieron muy amigos. Discutían a los gritos de política, se peleaban de política pero se querían mucho. Pero mi familia política, los padres de Goro, me odiaron toda la vida, por supuesto.

M. D.: *Pero aprendiste a cocinar platos judíos...*

A. G.: ¡Ay! ¡Claro! pero no porque fueran judíos, sino porque eran ricos, simplemente.

M. D.: *Contame un poco de tu vida de abuela...*

A. G.: ¡Ah! ¡Yo estoy chocha de la vida! Qué más quiero que tener nietos. Tengo seis nietos divinos, tengo cinco nietos y una nieta. Y todos son divinos, inteligentes, preciosos, maravillosos y excepcionales, ¡por supuesto! Salen a la abuela. Son una maravilla de chicos, muy lindos. La mezcla genética da cosas muy interesantes. Mis nietos son preciosos todos.

M. D.: *Y leen todos...*

A. G.: Ah todos, ¡por supuesto! Mis hijos leyeron porque vieron que sus padres leían, porque viste que a veces llega una señora y me dice “Ay, porque mi nena no lee. Entonces si usted me diera una listita de libros”. Entonces yo lo único que le pregunto “Dígame señora, ¿usted lee?” “No, yo no porque no tengo tiempo, ¿vio? porque...” ¡Bah! “Entonces la nena no va a leer nunca, ¡mire!” Ocasionalmente sí, pero en general pasa eso. Los chicos aprenden por el ejemplo, si vos leés, tus chicos van a leer. Si hay libros y los libros son objetos de todos los días. En casa, los libros siempre fueron objetos de todos los días y mis hijos leyeron todo lo que quisieron. Y los chiquititos... bueno, es que yo ya tengo nietos grandes que están en la Universidad, pero... los grandes y los chiquititos, todos, cada uno tiene su biblioteca. Bueno, la nena más chiquita que tiene cuatro años, que todavía no lee, cuando te muestra sus juguetes y te dice, bueno, “estos son mis juguetes y estos son mis libros”. Porque son sus libros, son libros de goma y de tela, los lleva al baño, los mete en la bañera, claro, está bien, son objetos de placer, ella sabe que eso es placer, el libro es placer. ¡Y eso es lo que tienen que aprender desde bebés!

M. D.: *¿Y, de hecho, hay libros que les escondiste debajo de la cama prohibiéndoles que los leyeran para que fueran a buscarlos?*

A. G.: No. Nunca se me ocurrió. Una buena idea ésa. Pero no se me ocurrió, ¡que pava! Sino lo hubiera hecho. Pero no lo necesitaba porque los chicos leían. Y mis nietos que van al colegio de inglés leen en castellano y en inglés exactamente igual. Les regalo libros en inglés. Les regalo libros en castellano.

M. D.: *¿Estas experiencias vitales tuvieron una influencia particular en tu escritura?*

A. G.: Ninguna. Lo más lejos mejor.

La llegada a la escritura

M. D.: *Tu acercamiento a la lectura, ya nos lo contaste, ¿y a la escritura? Parece que empezaste a escribir mucho más tarde, no?*

A. G.: ¡Espera, espera! yo escribí toda la vida. Lo que pasa es que a cierta altura de la vida dije bueno sí, pero escribir para mí, para dejar guardado en el cajón, no. Entonces

empecé a escribir seriamente, me dediqué a escribir profesionalmente. Así, “yo voy a ganar plata con lo que escriba”. Al principio, por supuesto, no ganaba ni un centavo porque una ya recién empieza, y entonces, te pasan por encima, pero después las cosas se arreglaron. Pero sí empecé a publicar tarde, tendría alrededor de treinta años. Y tenía tres chicos chicos, mi marido, la casa y un empleo fuera de mi casa. Y así, en esas condiciones yo escribí siete libros, así que no me vengan con que “ay, no tengo tiempo...” No me jodan.

M. D.: *¿Y en qué momento dejaste de trabajar?*

A. G.: Y... ¡cuando me jubilé! Ahora yo soy Cleopatra reina de Egipto. ¡Claro! Tengo todo el tiempo para mí. Los chicos están casados. Si alguno tiene varicela yo duermo tranquila. Los padres se ocuparán, así que no importa.

M. D.: *¿Sos de l@s escritor@s que pueden decir que viven de su escritura?*

A. G.: Mira, yo no sé si vivo de mi escritura porque finalmente somos dos. Así que nunca sé cuánta plata doy para la casa o no doy. Si yo pago esto o lo paga él, no sé... supongo que si estuviera sola, toco madera, espera un minutito... si estuviera sola, tal vez podría vivir muy humildemente, pero podría.

M. D.: *¿Te afectó el escribir y publicar en un contexto muy represivo de la última dictadura, tanto en tu vida privada como en tu escritura? ¿Nunca pensaste en el exilio?*

A. G.: No, porque en ese momento estaba escribiendo narrativa fantástica. Y la censura, vos sabés que la censura es mortal pero es estúpida. Así que, como dicen que se llevaron preso a un tipo porque llevaba un libro que se llamaba *Cubas electrolíticas*, así también la literatura fantástica pasaba, como pasó también el humor: Fontanarrosa dijo cosas terribles pero bajo personajes de historietas, y nadie se mosqueó. Y yo escribía sobre, qué sé yo, ciencia ficción, narrativa fantástica – y acá hago la aclaración de que hace como veinte, veinticinco años, treinta años que no escribo ciencia ficción, que me dejen de joder.

M. D.: *Y lo elegiste justamente pensando...*

A. G.: No no, lo elegí porque me gustaba, porque me daba la gana. Yo siempre escribo lo que se me da la gana. Oportunismos no. Habría que escribir sobre Perón. Habría que escribir sobre Evita. Habría que escribir sobre tal cosa. Yo escribo lo que se me canta en el quinto forro de los ovarios. Y ponelo así.

M. D.: *¿Y tampoco sentiste una autocensura?*

A. G.: No porque no hacía falta. No hacía falta, debido a lo que yo escribía, ¿te das cuenta? Tal vez en algún momento me habré cuidado un poco, no me acuerdo. Tenía miedo por otros lados pero no por el lado de la escritura.

M. D.: *¿Y, a pesar de todo, nunca pensaste en el exilio?*

A. G.: Sí, pero Goro era un exiliado, Goro no quería moverse de acá, no quería volver a arrancarse. Yo pensé, yo fui a la Embajada de Israel, yo hablé para irnos, pero no, no. Nos quedamos, finalmente nos quedamos.

M. D.: *Para vos, ¿la escritura es un oficio con horarios y rigor o un placer con caprichos y momentos de vacío y brotes?*

A. G.: Ah, no, no, no...

M. D.: *¿Te ponés delante de la hoja...*

A. G.: No, no, no, no, ¡es laburo! Es un laburo. Hay que trabajar como quien marca tarjeta en la fábrica. Yo, por lo menos. Hay gente que podrá trabajar de otra manera, pero yo, tengo que trabajar con disciplina, con horarios, con ciertas condiciones, ¡si no, no!

M. D.: *Pero me decías ayer que ahora no te traumatiza el no escribir*

A. G.: Ah, ¡no! Si no tengo ganas de escribir, no escribo. Ah, ¡no! ¡por favor! Antes sí, cuando era más joven de lo que soy ahora, ¡ay! ¡ay! ¡que no escribo! ¡qué horror! ¡Mentira! Una siempre escribe, así que por ahí, si paso una época sin escribir, bueno no escribo, ¿y qué? Ya voy a escribir.

M. D.: *¿Cómo te viene la idea de iniciar un relato?*

A. G.: Ah, qué sé yo, mirá lo que me preguntás, nadie sabe.

M. D.: *Hay gente que va a buscar en los periódicos...*

A. G.: Sí, pero lo que sale de estas búsquedas suele ser horrible. Cuando Borges decía “yo no elijo mis temas, mis temas me asaltan” – no es que yo me quiera comparar con Borges, Dios me libre y guarde de semejante soberbia – pero tenía razón. A una se le presentan las cosas y tiene que trabajar sobre estas cosas que se le presentan, pero ¿cómo aparecen? Ah, ¡no! Ni sé ni quiero saberlo. Es algo que ni siquiera llevo al analista, no, nada. Eso no se toca, no sé cómo. Aparecen.

M. D.: *Y la elección de los géneros literarios que empleás, igual...*

A. G.: Lo mismo, lo mismo. Lo que sí elijo es el tono en el que voy a escribir. Saber si voy a escribir en primera o en tercera persona, si desde un narrador omnisciente, si en presente del indicativo, si en pasado histórico, todo eso sí, eso lo sé porque lo elijo, pero ¿cómo surge la cosa? Ah, ¡no! no tengo la menor idea ni quiero averiguarlo. Hay que escribir en estado de inocencia, Borges de nuevo.

M. D.: *¿Y escribís más novelas ahora, no?*

A. G.: Ay, sí, sí. ¡Hace tanto que no escribo cuentos!

M. D.: *¿Qué libros leíste pensando “esto es lo que quiero escribir”, o “esto lo escribí yo”, como Pierre Menard con El Quijote?*

A. G.: Ah, ¡claro! Bueno, Balzac, por ejemplo, yo quiero escribir eso. Pero eso ya está escrito así que no voy a poder.

M. D.: *Bueno, Pierre Menard lo hizo...*

A. G.: Pero eso me pasó a los siete años, cuando yo había empezado a leer a los cinco, a los siete, yo decidí que iba a ser escritora, porque yo estaba leyendo *Las Minas del Rey Salomón*, y dije ¡claro!, esto es lo que quiero escribir, pero esto ya estaba escrito así que tenía que escribir otra cosa. Pero ahí, a los siete años, yo dije voy a ser “escritora”. Bueno mi nieta me lo dijo a los cuatro años. Estaba sentada acá y me dijo “yo, este escritorio va a ser mío”. “Bueno – dije – me parece muy bien”. “Sí – dice – porque yo, voy a ser escritora”. “¿Y vas a escribir cuentos como yo? Sí. Bueno, muy bien”.

M.D.: *¿Existe para vos una diferencia entre la literatura europea y la literatura latinoamericana?*

A. G.: Sí, más bien, sí, ¿qué te parece? Lo cual no quiere decir que la literatura latinoamericana sea lo que creen los europeos: la selva, las mujeres brujas, las cosas extraordinarias, fantásticas, las revoluciones... no, no. ¡Que dejen de joder con el estereotipo! Cuando yo hablo de la literatura urbana, y me miran como “cómo... ¿y el realismo mágico?” *Va fan culo*, dejate de joder con el realismo mágico. El realismo mágico fue eso que se inventó García Márquez... que, bueno, escribió un libro maravilloso y nada más. Y chau. Pero bueno, está bien, habrá gente que, como la estúpida de Isabel Allende que escribe esas cosas, pero eso no es la literatura latinoamericana. Yo creo que hay una gran diferencia por supuesto porque esto es un continente nuevo, un continente joven, un continente que todavía está en estado de ameba, en el que en cualquier momento pasa cualquier cosa. Europa está más tranquila, porque es más vieja.

M. D.: *Y más mestiza también acá...*

A. G.: Claro, acá hay una mescolanza. Todos somos hijos de extranjeros, todos tenemos al abuelo inmigrante acá atrás. Yo tengo dos abuelos inmigrantes, Goro es un inmigrante.

M. D.: *Y en cuanto a las autoras, ¿pudiste sentir una diferencia también?*

M. D.: Sí, sí, ¡nada que ver! ¡Nada que ver! Y por eso mismo, por lo que te decía hace un rato. No estoy diciendo que las autoras europeas sean malas, ni mucho menos. Hay escritoras europeas que me fascinan, me dan vuelta la cabeza, son fantásticas. Pero están un poco a la busca del tema. Acá, querida, te sentás ahí y ves pasar toda la historia. Y la historia que vendrá incluso, no tenés que salir a buscar temas ni que salir a buscar peripecias para ponerte a escribir una novela. Está ahí, y está en la esquina y está en el pueblo y está en todas partes. La prueba está que la catarata de mujeres escritoras que hay en la Argentina es algo impresionante.

M. D.: *Y supuestamente, Europa está más abierta a las relaciones de género y hay muchos estudios de género, ¿las mujeres latinoamericanas tienen acceso a la edición en Europa?*

A. G.: Mirá, no sé si las editan en Europa, no tengo la menor idea. Pero, no tenemos ninguna dificultad para publicar acá o para publicar en otro país de Latinoamérica porque está esa cosa de... claro, es todo un continente dominado por el falogocentrismo y por el machismo más atroz que se puedan imaginar. Entonces, ¿qué pasa? De repente ¡Ay! ¡Cómo escriben las mujeres, qué barbaridad! Pero claro, a qué se están refiriendo, a Marcela Serrano, Isabel Allende, Ángeles Mastreta, Laura Esquivel... Todas esas cosas medio boludas donde las protagonistas son mujeres que sufren mucho, por supuesto, a causa de los hombres que son malísimos, no sé si te habrás dado cuenta. Entonces sufren toda la novela y al final terminan locas, o suicidadas, o algo por el estilo. Y que sostiene que las mujeres somos maravillosas, divinas, estupendas, cosa que no es cierto. Y entonces se supone que es la literatura de mujeres para mujeres. Lo cual es una mierda, para decirlo finamente. Pero al lado de eso, hay mujeres... bueno, está Nélica Piñón, Clarisse Lispector, Armonía Somers, Elena Garro, mujeres que te desmienten todo eso y que son excelentes, maravillosas, estupendas escritoras.

M. D.: *Me interesa lo que decías de que es el texto que tiene sexo y no el autor*

A. G.: No, yo digo que el texto tiene género, y eso lo dijo Virginia Woolf, no lo digo yo solamente. Lo adopté porque me parece que tenía razón. Virginia Woolf decía que no es que los hombres hablen de la guerra y nosotras hablemos de bebés, es que cada género habla de sí mismo. Y es cierto, cada género habla de sí mismo, vos estás

hablando desde tu género. Aunque estés escribiendo un cuento que sucede en el cuartel acá, el 121 de Caballería, y que no hay mujeres, estás escribiendo desde tu género mujer, no hay nada que hacerle. Y al mismo tiempo, también estás escribiendo con tu ideología, aunque estés escribiendo algo que no tiene que ver con tu ideología. Estás escribiendo sobre, qué sé yo, la vida sexual de los caracoles negros de Madagascar, bueno, ¡fenómeno! Pero de todas maneras, quien lee, si sabe leer, si sabe algo más que descifrar palabras, se va a dar cuenta de dónde estás parada en el mundo, qué estás haciendo, para qué lado estás mirando. Eso es inevitable, no podés agarrar tu género y tu ideología, guardarlos en el cajón de la cómoda, y después prepararte a escribir, ¡no! No se puede.

M. D.: *Y, como hay autores femeninos que integraron el modelo masculino y escriben desde un género masculino, ¿te parece que hay escritores masculinos que escriben desde un género femenino?*

A. G.: Sí, los hay, no muchos se animan, porque siempre corren el peligro de que les digan maricones, ¡qué horror! ¿No? Pero hay autores que lo han hecho, bueno, el mismo Roa Bastos, no es uno de los amores de mi vida, pero lo hizo bien. Bueno, el ejemplo clásico es el señor Flaubert, por supuesto, por quien yo no tengo ninguna simpatía. Hay algunos en América Latina que usaron la voz de la mujer y la mirada de la mujer, bien, mal, regular, pero es un intento, está bien. A nosotras, nos es más fácil usar la mirada y la voz del varón. Primero que somos la mitad de la Humanidad, y segundo que somos las madres de la otra mitad. Los parimos nosotras.

M. D.: *En cuanto a los géneros literarios que ya abordaste, ¿te parece que no vas a volver nunca más a ellos, como si estuvieras haciendo un recorrido por diferentes géneros? Como el policial, la ciencia ficción, la novela erótica... o ¿hay géneros a los que siempre volvés?*

A. G.: Qué sé yo, ¡che! Lo que pasa es que la ciencia ficción y la narrativa fantástica son más fuertes, dejan una huella muy fuerte en lo que una escribe, no te podés liberar así nomás de la cosa. A mí, siempre, yo escribo digamos una cosa, entre comillas, realista, de un señor que vive acá a la vuelta, y que es empleado de banco, y qué sé yo. Todo lo que se quiera. Pero siempre va a pasar algo que le va a hacer perder pie al lector, porque siempre voy a meter alguna cosa que tiene que ver con la fantasía. Siempre va a haber algo inexplicable, siempre va a haber algo que no pertenece al registro de lo real. Siempre².

M. D.: *Porque justamente te gusta romper con la expectativa del lector y perderlo*

² En un intercambio por correo electrónico (el 01/02/2006), refiriéndose a su novela *Fábula de la Virgen y el Bombero* y a las relaciones de la literatura con la realidad, Angélica me decía : “Querida Maya: [...] a mí me hubiera gustado que Rosario tuviera subterráneo (eso que allá se llama metro). Y como soy novelista y no cronista ni historiadora ni socióloga ni persona sumamente sensata, pues le puse a Rosario un metro en construcción. ¿Qué hay ? ¿Por qué no ? ES UNA NOVELA, querida. Y yo puedo hacer lo que se me dé la gana porque soy la que la escribe. Un amigo me cuestionó la marca del auto de Iturbe (uno de los protagonistas de *Fábula...*): ‘Ah, me dijo, pero en 1923 no había Nash’. Y yo le contesté: ‘Ah, pero a mí qué me importa, puse un Nash gris porque el Nash siempre me gustó. Es un auto pituco, justo para Iturbe’. ¿Te das cuenta? Un(a) novelista es libre: puede hacer lo que se le canta. A menos que sea absolutamente idiota y ande fijándose en esos detalles, investigando y limitándose porque en 1936 se usaban los sacos con tres botones y no con dos. ¡Tiene que poner el número de botones que le resulte útil para la trama, y la realidad al tacho! *Mà, va fangulo*, para decirlo finamente”.

A. G.: ¡Me encanta! ¡Me encanta! Pero por supuesto, ¡claro! Yo, leo una novela que no me hace perder pie en ningún momento, la tiro. ¡Qué me importa! Estas novelitas de ahora, estas novelitas prolijitas y políticamente correctas que hay ahora. Bueno, a mí no me interesa.

M. D.: *Y eso lo vinculás con algún mensaje que transmitir o simplemente...*

A. G.: No, no. Mensajes no, yo quiero contar una historia. Nada más. Yo digo que yo he venido al mundo a contar. Chau. Pero mensajes ¡no! Que la Humanidad haga lo que se le de la gana. Bastante lo ha hecho hasta ahora, y bastante mal.

M. D.: *Entonces, ¿para vos, no hay correspondencia entre géneros específicos y cierto compromiso...?*

A. G.: ¡No! Para mí, no. Por ahí, puede ser que los académicos descubran algunas cosas, pero yo no tengo la menor idea ni me parece que lo haya. Por eso, cuando dicen que los libros no tienen influencia, que no hacen nada por el mundo, mirá, yo no sé pero todavía estamos viviendo con las ideas de Aristóteles y todavía estamos hablando de lo que dijo Hamlet cuando vio el fantasma de su papá, así que ¡dejate de joder! Todavía estamos viviendo con cosas que se escribieron hace quinientos, mil, trece mil años, bueno trece mil no porque se empezó a escribir hace seis mil, pero en fin... Todavía estamos viviendo de esas ideas. Hace poco se habló de que Euclides no. Pero hasta entonces, Euclides sí. Así que no me digan que los libros no tienen nada que hacer, no tienen influencia en la sociedad, sí que la tienen³.

M. D.: *En cuanto al policial, ¿te sentís más cercana al policial intelectualizante de Borges o el de Walsh o Arlt más sociohistórico?*

A. G.: Bueno, a mí lo que me gusta del policial es el policial negro. La narrativa negra de Estados Unidos. A mí dame a Ray Manchal y a Dashiell Hammett. Eso es lo que me gusta. Sí que está más cerca de Arlt, por supuesto. Por otra parte me puedo morir de emoción leyéndolo a Borges o leyéndolo a Carter Dixon, claro. O a Nicholas Blake.

M. D.: *¿Y ahora? ¿Qué estás escribiendo? ¿hacia dónde te lleva tu pluma?*

A. G.: Y ahora estoy escribiendo una novela, por supuesto, que no sé muy bien a dónde va, pero tengo más o menos un proyecto, que después traiciono porque en general me pasa

³ En el mismo mensaje electrónico, Angélica me daba su opinión, precisamente, acerca de los géneros y del compromiso: “[...] Dejame que te diga algo básico: si un novelista o una novelista parte de esas cosas como ‘de qué género va a ser la novela que voy a escribir’ o ‘voy a escribir algo complejo’ o ‘voy a mezclar géneros’ o ‘voy a defender tal o cual idea’ o ‘voy a demostrar esto y lo de más allá’, es posible que parta de muy buenas intenciones pero el resultado va a ser espantoso. Fue lo que le pasó a Cortázar cuando a partir del *Libro de Manuel* empezó con esas cosas ideologizantes que mostraban todas las costuras y que desde el punto de vista de una novela (Balzac por ejemplo) no servían para nada. Una se sienta a contar una historia. Punto. Si quiere demostrar algo de todo eso que acabo de decirte, que escriba un ensayo o un panfleto o que diga conferencias o que dé un curso sobre la novela, pero que no escriba narrativa porque lo que escriba va a ser un engendro. ‘Hay que escribir en estado de inocencia’, decía Borges. Hay que contar. Hay que escribir para escribir y por escribir. Todo lo demás es a posteriori y corre por cuenta de otros. [...] La cuestión de los géneros puede ser muy importante si alguien (vos en este caso) se ocupa de desmontar la novela y hablar del asunto, cosa que agradezco desde el fondo del alma. Pero yo no lo tuve en cuenta en ningún momento. Nunca pienso en eso: pienso en una historia atractiva, para mí, y después de pensarla bien en cuanto a los personajes y a lo que va a pasar, la escribo. Y, no, una vez que todo está escrito, corregido cien veces y reescrito setenta veces, no soy muy crítica. Directamente me encanta lo que escribí. Es como cuando te comprás un par de zapatos. Una vez que te los compraste dejás de mirar las vidrieras de las zapaterías. Ya te los compraste, chau. En vez de fijarte si en otra zapatería estaban más baratos o si había otros más lindos, te mirás los pies y te ponés contenta. Uffff, espero no haberte abrumado o aburrido. Nos vemos!!! Que no te desmayes del frío. Hasta luego y abrazos. Angélica”.

eso, no. Pero tengo que tener un proyecto. Tuve que suspender todo lo que estaba haciendo porque tengo unos compromisos, un par de encuentros, conferencias y esas cosas. Pero bah, después sigo.

M. D.: *Y ahora va a salir un libro...*

A. G.: Ahora en agosto sale un libro que se llama *A la tarde cuando llueve*, y es un libro de... no es narrativa, es un libro donde yo recopilé algunas conferencias, ponencias, artículos, todas esas cosas.

M. D.: *¿Y hay un tema recurrente o...?*

A. G.: No, hay de todo.

M. D.: *¿Cuáles son l@s que considerás como tus padres o madres literari@s?*

A. G.: Bueno, mi padre literario es Flash Gordon. Mi madre literaria es Cayetana Duquesa de Alba. Y no te rías porque es la pura verdad. Cuando yo era chica y leía Flash Gordon, quería escribir las aventuras de un señor como Flash Gordon y también quería irme con él por supuesto a Arvoría, o al reino del Ming o a todas esas cosas así extrañas. Siempre que dejara de llevar a la estúpida esa que tenía de novia, claro no, me tenía que llevar a mí. Así que Flash Gordon es mi padre literario, y la Duquesa de Alba porque como te digo, como yo revisaba los libros aun antes de empezar a leer, y miraba las figuritas. Las figuritas eran las reproducciones de cuadros famosos. Yo todavía tengo algunos de estos libros que estaban en la casa de mi madre. Así que yo muy chiquita, no porque yo fuera ningún genio sino porque estaba mirando todo el día esas cosas, aprendí a conocerlo a Goya, a Velázquez, a Murillo, a Claude Lorrain, toda esa gente la conocí muy chica, y hay un retrato de la Duquesa de Alba donde está parada así, tipo duquesa por supuesto, con un vestido blanco y una faja roja, sosteniendo de la correa un perrito ridículo, y detrás de ella, se ve un paisaje un poco difuminado. Y ese retrato me disparó millones de historias que yo me contaba a mí misma, pero no podía escribirlas todavía. Así que Flash Gordon y la Duquesa de Alba.

M. D.: *...¿y l@s autor@s contemporáne@s que te fascinan?*

A. G.: Bueno, estoy leyendo a Cabo Abata. Ahora estoy dedicada directamente a Schlink, de quien leí *El Lector* y casi me muero, me pareció extraordinario y así que estoy leyendo todo lo de él. Y después, hablando de esas novelitas prolijitas de las cuales estábamos hablando hace un rato, hay un escritor argentino que me interesa mucho que es Federico Jeanmaire, no es Jean-Marie, cuidado, es Jeanmaire, que ha escrito unos libros realmente estupendos, porque son distintos. Hay otra manera de contar, ¡caramba! Y acabo de leer una novela de Mayra Santos-Febres, una portorriqueña que escribe como los dioses, que se llama *Nuestra Señora de noche*. Me gustaron muchísimo *Istanbul* y *Me llamo Rojo* de Orhan Pamuk, esos dos libros de él me encantaron, realmente me encantaron.

M. D.: *¿Y algunas autoras argentinas?*

A. G.: Me interesa mucho Liliana Heer, no Liliana Heker sino Liliana Heer, porque también tiene otra manera de contar las cosas, y a mí me interesa ver cómo se pueden contar las cosas de otra manera, cómo se puede meter una cuña en la prolijidad y en la corrección política. Así que Liliana me interesa realmente mucho. ¡Mirá! hay tantas minas que escriben acá en la Argentina, últimamente.

M. D.: *Lo cual está bien.*

A. G.: Lo cuál está estupendo. A mí me parece regio, pero que escriban todas las posibles, yo siempre lo digo, que escriban todas, bien, mal, regular, como puedan, pero ¡que escriban!

M. D.: *Porque en las antologías de literatura latinoamericana, suele haber un noventa y cinco por ciento de autores y una parte “Las autoras argentinas” con una lista de nombres...*

A. G.: Bueno... eso es el machismo imperante. ¡Ya se sabe! Acá querida, no recuerdo qué editorial fue que hizo una antología con “Los mejores cuentos argentinos” y no había ni un cuento de una mujer. No quiero que pongan uno mío pero que pongan uno de Silvina Ocampo, ¡carajo! ¿Qué te parece? O de Griselda Gámbaro. ¡Una cosa increíble! Después está... desde la gente que es la editorial del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos. ¡Son de los más progres!... Entonces hicieron una antología que no me acuerdo como se llamaba: cuatro siglos, del XVII al XX. Puro varones. Les escribí una carta diciéndoles de todo, menos bonito. Se portaron muy bien, la verdad. Me dijeron que hiciera yo una antología de mujeres. E hice 17 siglos, desde el siglo III hasta hoy, todo mujeres. De todos los siglos, había una o dos mujeres.

M. D.: *El problema es que se termina creando como un canon paralelo...*

A. G.: Me friega un huevo, pero ¡que se den cuenta que hay mujeres!

M. D.: *Lo que quiero decir es que si hay antologías de autores varones y antologías de autoras...*

A. G.: Pero esto es necesario, pero ¡escuchame! Sí en un momento pensamos poner un texto de Madame Curie... ¿No ven que son unos machistas de cuarta? Les dije. Lo que no es Madame Curie y Frida Khalo...el resto, no tienen la menor idea de quien hay. Ay qué brutos que son, ¡Dios mío! ¡Son tan machistas que terminan siendo brutos y reaccionarios! ¡Bah! ¡En fin! ¡Para qué vamos a hablar! Además, los tipos no leen lo que escriben las mujeres. No leen lo que escribimos las mujeres. Resulta que tenemos mucho éxito pero no tenemos prestigio. El prestigio es para los varones. Un escritor que no nombro porque murió dijo: “me revienta lo que escriben las mujeres”.

M. D.: *Y si además la mujer tiene algo de compromiso feminista, no se acercan*

A. G.: ¡Ah! ¡Qué horror!

M. D.: *¿Y que opinás del Boom de los años 70?*

A. G.: El *Boom* fue un *Boom* para varones, de varones, por varones. Cosa que a mí me rompe los ovarios, porque escuchame una cosa: en el momento que fue el *Boom* estaban Clarisse Lispector – que escribe mucho mejor que Vargas Llosa y que Gabriel García Márquez – Armonía Somers, Elena Garro, Idea Vilariño, qué sé yo... estaba el mundo lleno de escritoras maravillosas. Por supuesto que el *Boom* fue una cosa traída de los pelos por los editores, y fogueada también por un montón de tipos talentosos, sin ninguna duda, como por ejemplo Rulfo, Alejo Carpentier...

M. D.: *Me gustaría que me hablaras de tu última novela que se publicó, la novela erótica...*

A. G.: Sí, *Querido amigo*, es una novela erótica.

M. D.: *¿Cómo te vino la idea, si era con el objetivo de hacer un escándalo o...?*

A. G.: ¡No! ¡Ni se me ocurrió! Pero si llega a hacer un escándalo, ¡mejor! Se venden muchísimos libros. Sería fantástico. Pero no fue así. Tampoco me quiero comparar,

Dios me libre de semejante soberbia, lo mismo que pasa con Borges, me acuerdo que Bergman dijo una vez hablando de *Gritos y Susurros* que él había tenido la visión de tres mujeres vestidas de blanco en una habitación tapizada de rojo. ¡Qué maravilla! Y de allí sacó esa película sensacional. Y eso me quedó muy patente. A mí me pasó que tuve la visión de un tipo con turbante sentado en uno de esos baños árabes, y de allí salió la novela. Pero yo no tenía ningún interés en hacer un escándalo. ¡Ay! mirá, viste lo que escribió. A mí los golpes bajos no me interesan. Pero salió erótica porque todo llamaba a eso, al erotismo. Lo que le pasa a un caballero inglés estructuradito, serio y discreto, que de pronto se ve metido en una cultura totalmente distinta. Al principio la rechaza y poco a poco va asimilando por la vía del erotismo y termina hecho un señor del desierto. Y él se lo pregunta, incluso en la novela dice: “Cómo puedo yo que fui un caballero inglés, ser ahora un señor del desierto. A lo mejor fui siempre un señor del desierto”.

M. D.: *¿Y qué recepción tuvo esta novela?*

A. G.: Parece que buena. Yo no me ocupo de eso. Eso son cosas de las que se ocupa la editorial. No me importan tampoco. A mí, lo que me importa es quedarme en mi casa y escribir.

M. D.: *Yo tengo la impresión de que hay una evolución: en un momento, sentiste la necesidad de expresar más un compromiso feminista y cuando ya lo habías expresado, se suavizó.*

A. G.: Sí. En este momento no me interesa mucho. Hubo un momento en que sí me interesaba, profundamente pero ahora ya está. Yo ya hice la conscripción. Yo sigo siendo una feminista, no militante, no me gusta la palabra militante, me recuerda a los militares. ¿Te das cuenta? Pero soy una feminista activa. Tomo parte en lo que sea y sigo siendo miembro del *Writers Women's World* de Nueva York. Y sigo haciendo lo que pueda.

M. D.: *Ahora, me parece que tenés un compromiso más multicultural*

A. G. : Sí, puede ser.

El compromiso

M. D.: *¿Cuáles son los compromisos por los que merece la pena luchar para vos?*

A. G. : Mi compromiso es con el lenguaje, en primer lugar, y después con la situación de la mujer. Vale la pena luchar por un montón de cosas pero no se puede luchar por todo, ni Cristo redimido podría luchar por todo. Bueno a lo mejor él sí... Pero tenés que tener algo porque por ahí te preguntan... a mí me pasó en una charla:

— Bueno pero el feminismo – un señor, ¡claro! – no es tan importante porque hay cosas más importantes, como el hambre en el mundo, la guerra.

— Ay, usted sabe que tiene razón, usted ¿en qué está?

— Bueno, yo no tengo tiempo pero...”

¡Bah! ¡Morite pelotudo!

M. D.: *¿Pero a qué te referís cuando hablás del compromiso con el lenguaje?*

A. G.: Claro, que mi vida gira alrededor del lenguaje. Yo tengo el compromiso de buscar cada día más la precisión y la aventura del lenguaje. A Olga Orozco le preguntaron: “Y la poesía ¿es una maldición o una bendición?” y ella dijo “es una misión”. Tenía razón.

M. D.: *Y muchas veces desde el humor, ¿no? Está la búsqueda del lenguaje...*

A. G.: Ah, ¡sí! El humor me sale solo. Yo no sé, no lo busco. Pero el humor desde el lenguaje también, ¡ajo! Yo no voy a poner en una novela a un hombre que se resbala en una cáscara de banana. Eso sí, trato a veces de hacerlo en las conferencias y en las charlas cuando abandono toda solemnidad porque vos viste que por ahí los conferencistas son tan aburridos, se paran ahí y ¡Dios mío! te dan cátedra y a vos te dan ganas de cortarles las pelotas. Bueno si les cortás las pelotas, seguro que flotan. Entonces yo, lo que uso a veces, es el lenguaje de todos los días. La gente al principio reacciona como... y después se mueren de risa, ¡claro! ¡lógico! Por qué va a estar uno ahí utilizando palabras difíciles cuando puede usar las palabras de todos los días...

M. D.: *¿Podés explicarnos cuándo y cómo llegaste a tener una conciencia de género?*

A. G.: Lo que pasa es que cuando yo era chica, yo creía que el género privilegiado era el género femenino. Porque nosotras lo pasábamos bomba. Veraneábamos tres meses y mi papá iba a visitarnos cuando podía, porque después tenía que volverse a trabajar, y eso pasaba con todos los hombres. Íbamos a fiestas, íbamos al teatro, íbamos al cine, nos comprábamos vestidos bonitos, paseábamos, recibíamos visitas, tomábamos el té, etc., y los tipos laburaban como locos y sudaban la gota gorda. Claro, yo era chica, y yo suponía que nosotras éramos las privilegiadas. Hasta que me di cuenta de que había algo que no andaba bien. Y bueno, me puse a pelear un poco, pero claro, no tenía elementos para eso. Hasta que empecé a leer. El primer libro que leí fue el de Victoria Saw, y de ahí en adelante no paré, y ya después *El segundo sexo*. Todo eso es feminismo, y bueno tenés que leer porque si no, no sabés qué contestar cuando te dicen boludeces. Todos estos libros me han dado algo. Hay de todo ahí: hay europeas, hay norteamericanas, hay argentinas, hay latinoamericanas...

M. D.: *¿Y dirías que hay una diferencia entre un feminismo del primer mundo y otro del tercer mundo?*

A. G.: Sí claro. Mis preocupaciones... pongámoslo peor... Las preocupaciones de una mujer que vive en la villa son muy distintas de las preocupaciones de una profesional en Holanda, qué querés que te diga, no tiene nada que ver. Esta mina de aquí está luchando por sus hijos y para tener una canilla, para tener agua. No digo que lo de la holandesa esté mal ni mucho menos, ella está peleando por otras cosas, fantástico, me parece estupendo. Las holandesas además ayudan a los movimientos feministas en Latinoamérica. Yo, después, cuando empecé a leer, ya adquirí el andamiaje ideológico, entonces ya supe cómo pelear.

M. D.: *¿Y entonces dónde te ubicás vos?*

A. G.: Yo soy una mina de Latinoamérica, respeto mucho a la señora de Holanda, a la señora de Francia, a la señora de Italia, y de donde sea, pero la lucha nuestra es totalmente distinta, tenemos que educar a estos imbéciles, pobrecitos aunque a muchos de ellos los quiero mucho. Que además muchos no tienen la culpa, los tipos no son unas malas personas que se ocultan detrás del sofá para ver cómo nos pueden joder. Es una sociedad construida de esta manera y hay que hacerles ver a estos tipos que ellos también tienen que ayudar a desconstruir esto y construir otra cosa. Porque yo para qué voy a ir a convencer a la convencida. No, ya no.

M. D.: *¿Y tu feminismo es más de la igualdad?*

A. G.: Ah, ¡por supuesto! Yo con el feminismo de la diferencia no tengo mucho que ver.

M. D.: *Yo tengo un problema con las expresiones “escritura de mujeres”, “escritura femenina”, incluso “feminista”, para mí es muy ambiguo...*

A. G.: Mirá, yo creo que hay literatura escrita por mujeres y hay literatura escrita por hombres. Hay mujeres que han escrito literatura desde el género, conscientemente o no, y otras que no. Por ejemplo Beatriz Guido o Marta Lynch son minas que escribieron como varones... y no les salió del todo bien, las pobres... Beatriz Guido llegó a decir “¡yo no soy una escritora, soy un escritor!”. Y hay tipos que pueden escribir como mujeres. Bueno, ¡está bien! Yo puedo escribir como un hombre también si quiero, y lo puedo hacer muy bien, ¿qué se creen? Pero seguirá siendo escritura de mujer. Sí, los términos son ambiguos, hay que limitarlos y especificarlos. Cuando digo “escritura de mujer”, quiero decir tal cosa...

M. D.: *Y además, “escritura femenina” antes remitía más al diario, a la esfera de lo íntimo, y es más despectivo...*

A. G.: ¡Claro! Pero hubo quienes se animaron, porque en el siglo XIX se animaron Emma de la Barra, Eduarda Mansilla, Juana Manuela Gorriti ¡por supuesto! Juana Manso... todas esas mujeres se animaron. Lo que pasa es que están como ensombrecidas, y no es casualidad.

M. D.: *Pero yo tengo la sensación de que al final se crea como un canon paralelo con congresos de mujeres que se dirigen a mujeres y hablan de mujeres entre sí...*

A. G.: No me parece mal porque es necesario. Señores, estamos acá. Si quieren venir, vengan, no quieren venir, no vengan. No me importa. Nosotros, cuando hicimos los Encuentros, invitamos a los varones. No vino ni uno. Y los invitamos por carta personal a cada uno: “Vengan que se van a encontrar con cosas muy interesantes, que sus colegas mujeres quieren verlos”. No vino ni uno. ¡Que se mueran! No me importa.

M. D.: *Me interesaba justamente hablar del premio Mujer Honorario*

A. G.: ¡Ah claro! ¡Seguro! Hubo esos tipos que... nosotros consideramos que hicieron algo por las mujeres. No se trataba solamente de que ¡ay, qué simpáticos, qué buenos que son! ¡No! Tenían que haber hecho algo. Yo me acuerdo cuando Mempo Giardinelli recibió el premio, a mí se me cerró la garganta porque dijo cosas espléndidas. Lo premiamos porque sabíamos. Lo agradeció, dijo “esto no es solamente un juguete o un premio... es algo que me ayuda a ser una mejor persona”. Y lo premiamos a Fernando Chao, y cuando se encuentran, dicen “¡Che! Tenemos que hablar de mujer a mujer”. Y los dos tienen su coso guardadito ahí puesto en un marco.

M. D.: *Y ¿cómo se decidió? ¿Ustedes eligieron o ellos postularon?*

A. G.: No, no, no. Nosotros elegíamos. Nadie sabía. Y después lo premiamos a un señor lingüista boliviano que escribió sobre las mujeres. Y también lo premiamos al señor Auza que es especialista en historia del periodismo y que tiene un libro sobre periodismo y feminismo. Se entregaron los premios en cada uno de los Encuentros, hay cuatro premios dados.

M. D.: *¿Se organizaron cuatro Encuentros, entonces?*

A. G.: No, tres, pero en uno dimos dos.

M. D.: *¿Y va a haber más?*

A. G.: ¿Quién va a dar la plata para hacer otro Encuentro?

M. D.: *¿Y vos organizaste todos los Encuentros?*

A. G.: Sí. Fernando Chao y yo. Y dos chicas que tomaban notas, éramos cuatro. Trabajábamos como locos. Vinieron mujeres de los cinco continentes. Por ejemplo, queríamos traer una judía y una palestina, y bueno trajimos la judía y trajimos una palestina que no conocíamos pero pedimos a la delegación, y nos mandaron un cuadro, ¡che! nos mandaron un cuadro político. Encantadora, inteligente y qué sé yo, pero era una escuadra, no era otra cosa, y traía un ramo de flores y se subió al estrado y empezó a hablar de literatura y después, lentamente, empezó a derivar hacia la política y empezó a justificar la Intifada. ¿Para qué? ¡Dios mío! Sylvia Plager, judía, que estaba entre el público, se levantó y dijo “¡No te permito!” y empezó a los gritos. Y la otra se mantuvo como una señora, y Sylvia Plager le dijo de todo, y entonces ella le dijo “No, ¡mirá! Tranquilizate, yo he traído estas flores para darles una flor a cada una”. Y Sylvia le gritaba “¡Metete las flores en el culo!” ¡Fue tan divertido! Bueno, ahora es divertido. Yo salí rajando, me fui. Dije, no, ésto no me lo aguanto, me voy. Me fui del salón. Y Fernando se paró y dijo “¡Escúchenme una cosa! Si no logran ponerse de acuerdo acá, ¿cómo se van a poner de acuerdo allá? Tranquilas”. Fue muy lindo, pasó cada cosa en esos Encuentros.



A la hora del almuerzo en familia. De izquierda a derecha: Maya Desmarais, Angélica Gorodischer y Cecilia, su hija

Pour citer cet article :

DESMARAI, Maya (2023), « Entrevistas a Angélica Gorodischer », *Lectures du genre* n° 17 - Homenaje a Angélica Gorodischer

Version PDF : p. 79-96